

Jaume Tió, romàntic tortosí

A cura de Joan Antoni González

Professor de llengua i literatura castellana.

Nota preliminar

L'atzar i el destí es mesclen en la nostra vida, això ho sabien bé els romàntics. És per això que volem presentar esta aportació del professor Joan Antoni González a propòsit de la figura, mal coneguda, de l'autor romàntic tortosí Jaume Tió i Noé (Tortosa, 1816 - Barcelona, 1844), que ell ha fet tant per rescatar de l'oblit.

A HOMBROS DE TIÓ

“Pero yo no intento competir, y solo pienso que si, como dice Fontenelle, los hombres para ver de mas lejos se suben en hombros unos de otros, mereceré indulgencia, cuando por otro no sea, á lo menos porque he puesto también mis hombros para que otro alcance mas y llegue á descubrir lo que yo no haya podido.”

Palabras justificativas de Jaime Tió en la presentación de su continuación de la obra de Francisco Manuel de Melo *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*.

Estimado profesor:

Como comprenderá al leer esta carta, y también teniendo en cuenta su afición al teatro romántico y sus numerosos trabajos sobre el mismo, me permito enviarle un conjunto de estudios inéditos que me hizo llegar un amigo poco antes de su fallecimiento, quizás presintiendo este. Lo hago con la esperanza de que usted sabrá encontrar la forma adecuada para que no caigan en el olvido, pues no creo que lo merezcan.

Más que explicarle lo sucedido, dejaré que sea mi propio amigo quien, de forma póstuma, lo haga. Me limito a enmarcar su relato con mi experiencia personal.

Sucedió que en septiembre tuve que desplazarme a Tortosa para cumplir con la triste tarea de despedir los restos mortales de mi amigo Juan, de cuyo fallecimiento me informó un antiguo compañero de instituto. Había conocido e intimado con Juan durante mi estancia en Tortosa y seguíamos viéndonos años después en viajes relámpago de uno u otro en los que hablábamos especialmente de libros y trabajos filológicos.

Aquella misma tarde regresé a mi ciudad. Al entrar en casa vi que había un sobre abultado en el buzón. Era de Juan. Lo había enviado poco antes de su muerte y llegaba, como es habitual en el servicio postal, con retraso. El sobre contenía una extensa carta y fotocopias; además, un lápiz de memoria. La carta decía lo siguiente:

«Querido amigo: Sabes que, desde hace algún tiempo, una de mis líneas de investigación es el romántico tortosino Jaime Tió. A él he dedicado numerosas páginas, la mayoría inéditas, que te incluyo en el lápiz; también están copiadas sus principales obras. Tió había tenido mala suerte en su vida, quizás por eso me es particularmente simpático.



Retrat de Jaume Tió i Noé.
Col·lecció de capses de mistos «Tortosa. Hombres notables»; n.º 4.
Pascual Bernis.
Depósito en Tortosa. s. d.

»Había sido la imagen del típico romántico “exaltado”: viajero, periodista, traductor, dramaturgo... Se aficionó al estudio de documentos medievales de los que extraía temas para sus dramas. Murió joven, a los veintiocho años, y fue prontamente olvidado. Su última obra, *Espejo de las venganzas*, había seguido un camino un tanto rocambolesco: estrenada con éxito en un teatro barcelonés pocos meses antes de la muerte del autor, este se la había ofrecido al Ayuntamiento de la ciudad, pero el original acabó traspapelado entre los documentos del teatro hasta que unos años después, en 1850, un amigo de Tió, el escritor y político Víctor Balaguer, la recuperó y empezó a publicarla por entregas en el diario *El Sol* de Barcelona.

»Sin embargo, no llegó a reproducir ni el primer acto; inexplicablemente, a mediados del mismo su publicación se interrumpe. El propio Balaguer anuncia posteriormente que el original se encuentra en la biblioteca que ha donado a su villa natal, Vilanova i la Geltrú. Y allí me fui, después de haber copiado la parte publicada en *El Sol*, para conseguir el original. Mi decepción fue grande al leer en el catálogo que solo estaban microfilmados los actos segundo y tercero, y se multiplicó al comprobar que la copia del microfilm únicamente contenía el segundo. Lo comenté a la bibliotecaria, pero esta me respondió que no se podía hacer nada para encontrarlo y que era imposible consultar el original. Puedes imaginarte cómo quedé después de tantos viajes y esfuerzos... Al igual que había hecho con otros documentos de ese

autor, entregué una copia al Archivo de la Ciudad de Tortosa y esperé... ¿quién sabe qué?

»Meses más tarde, un día de invierno, con un tiempo horrible de lluvia y viento, conjunción temible en esta ciudad, fui a visitar a Ángel, un encuadernador con el que había trabado cierta amistad; tenía su taller en el barrio de la falda del castillo. Ángel era una persona mayor que malvivía de unos trabajos que realizaba con entusiasmo y de manera muy correcta. Llegué empapado y no me atrevía a moverme por temor a estropear alguno de los encargos que estaban esparcidos por el cubículo en que trabajaba. Pasé una mirada rápida por unos papeles que usaba para envolver los pedidos y vi dos hojas manuscritas que tenían las marcas de haber sido dobladas repetidas veces.

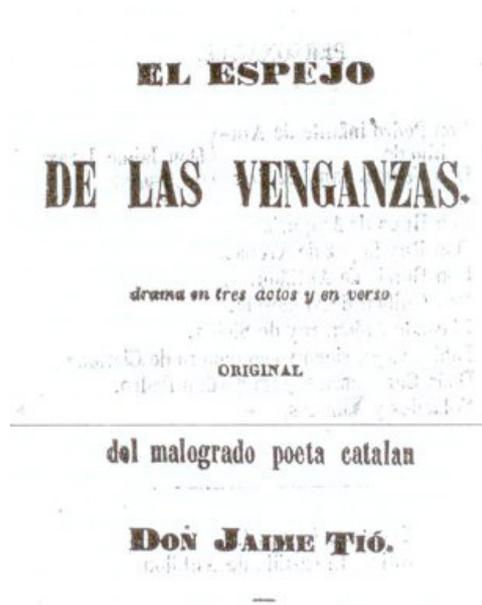
»Recordarás una de mis manías: papel que caía en mis manos, tenía que enterarme de su contenido. Pues pasó que, leyendo el texto, me di cuenta, con asombro, de que en una figuraba una relación de personajes idéntica a la de la obra perdida de Tió, la otra contenía el argumento de la misma. Pregunté a Ángel dónde había conseguido aquellas hojas y me contestó que estaban dobladas como forro de la portada de un libro antiguo muy deteriorado que un cliente le había entregado tiempo atrás para que lo encuadernara de nuevo.

»Le rogué que me las dejara mientras iba al cercano Archivo de la Ciudad. Salí en medio de la lluvia y llegado allí las comparé con las fotocopias del acto recuperado en Vilanova. Entusiasmado, comprobé su parecido y concluí que eran originales de Tió. Minutos después regresaba con unas fotocopias de las mismas. Pensé en pedir a Ángel que me regalara las hojas, pero mi conciencia se revolvió: tenían un valor económico que yo no podía calcular y no quería que mi amigo resultara perjudicado.

»Le conté lo que pensaba de ellas y le aconsejé que, en uno de sus viajes a la capital, se pusiera en contacto con alguna librería o anticuario de confianza para vendérselas. Muy contento, me contestó que tan pronto le fuera posible seguiría mi consejo.

»Me alejé bajo la persistente lluvia y llegué a casa hecho una sopa. De resultados de ello cogí un resfriado que se complicó y me mantuvo en cama una semana. Esos días de aislamiento me impidieron enterarme de una noticia no infrecuente en la ciudad en aquellos años: a consecuencia de las lluvias se habían derrumbado varias viviendas antiguas situadas en la falda de la montaña del castillo.

»Imagínate la sorpresa y el disgusto que tuve cuando, ya repuesto, me dirigí al taller de Ángel: ya no existía; una excavadora retiraba los montones de cascotes en que se habían convertido las casas. Los trabajadores no me supieron informar. En la biblioteca pedí los diarios de esos días; así me enteré con cierto detalle de lo sucedido y de los nombres de los fallecidos: ninguno de ellos era mi amigo.



Portada de *El espejo de las venganzas*, de J. Tió, publicat a *El Sol*, 1850.

»Indagué su paradero, pero ni en el barrio ni en el Ayuntamiento me supieron dar razón. Una vez abierta la calle al tránsito removí los escasos restos con la esperanza de encontrar un rastro de los manuscritos: fue en vano. Un vecino me explicó que mi amigo, al perder el local, se había ido a vivir con unos familiares, pero no sabía dónde. Quedé más conformado, pero seguía sin saber si Ángel se había llevado las hojas. La desaparición de estas invalidaba el trabajo que tenía planeado. Mis fotocopias eran inútiles: no servían para probar nada. Me lamenté: si me hubiera quedado con las hojas sin hacer ningún comentario, ahora serían mías. ¿De qué me había servido ser honrado?

»Me costó recuperarme. Aparqué los trabajos sobre Tío en espera de mejores noticias, pero estas no llegaron. Ahora me han comunicado que he de pasar por una operación muy delicada y, por si las cosas no van como esperamos, te envió todo el material que he ido reuniendo sobre mi autor, para que lo uses según creas conveniente».

Hasta aquí la carta de Juan. Las fotocopias decían lo siguiente:

Espejo de las Venganzas

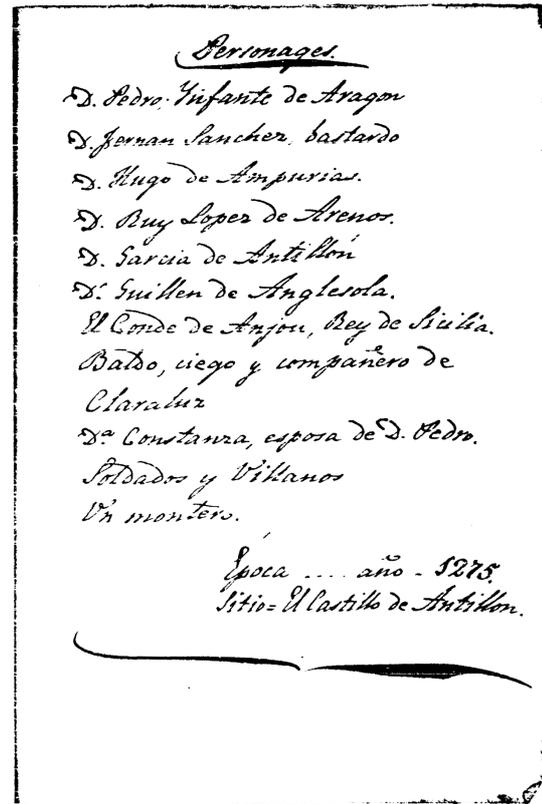
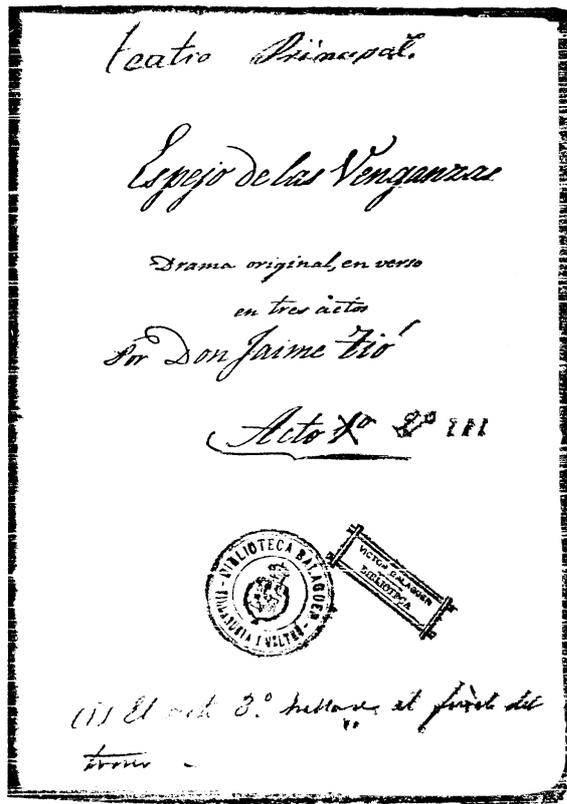
*Drama original, en verso
en tres actos*

por Don Jaime Tío

Personajes

*D. Pedro; Ynfante de Aragon
D. Fernan Sanchez, bastardo
D. Hugo de Ampurias.
D. Ruy Lopez de Arenos.
D. Garcia de Antillón
D. Guillen de Anglesola.
El Conde de Anjou, Rey de Sicilia.
Baldo, ciego y compañero de Claraluz
D^a Constanza, esposa de D. Pedro.
Soldados y Villanos
Un Montero.*

*Época ... año - 1275.
Sitio = El Castillo de Antillón.*



Portada i dramatis personae del manuscrit conservat a la Biblioteca Museu Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

ACTO PRIMERO

El teatro representa el castillo de Antillón en la cumbre de un monte; el castillo domina el río Cinca por la parte posterior; súbese hasta la plaza de delante del castillo por un camino q. sale de detrás de él á la izquierda del espectador; á la derecha se ve un cerro q. es continuación de la montaña.

Baldo, ciego, con un arpa á las espaldas, y Claraluz suben por el camino. Ella va vestida de hombre. Fingen ser juglares. Han encontrado un pergamino en q. el duque de Anjou incita al conde D. Fernan Sanchez a q. este provoque la muerte del Ynfante D. Pedro de Aragón, hermanastro de D. Fernan.

Fernan Sanchez y otros nobles bajan del cerro precedidos de pages y monteros q. entran en el castillo con chuzos, venablos, arcos y flechas y con la caza. Dan cuenta de la pérdida de la misiva del duque, pero todos acuerdan asesinar al Ynfante, alegando peregrinas razones. Sorprenden por su misterio las del conde de Ampurias D. Hugo.

Se encuentran con Baldo y Claraluz. Al saber que son juglares les piden una canción. Cuentan la historia de la invasión de Sicilia por el conde de Anjou y el asesinato de los legítimos herederos. D. Fernan, enfurecido, manda encerrar a Baldo y los nobles se disputan la posesión de Claraluz, que, por la voz, se descubre muger. Esta huye.

A las puertas del castillo Claraluz tropiézase con el Ynfante D. Pedro que acude, con su esposa Constanza, á una invitación á cazar de D. Fernan, y le pide auxilio. El Ynfante concédeselo y los nobles, enfurecidos, retíranse, agregando un agravio más á los que le achacan.

Los Ynfantes hablan con Baldo y con Claraluz para averiguar quienes son, mas ambos callan.

D. Fernan, para que su venganza sea mayor, intenta conseguir el amor de Constanza, á la que sabe despechada á causa de la frialdad de D. Pedro y parece que lo consigue.

ACTO SEGUNDO

Una galería con arcos ogivales, y una cornisa almenada caprichosamente, q. une el cuerpo del Castillo á una torre q. se levanta á la izquierda del espectador. Hay una puerta q. da paso á la torre; encima de esta puerta hay una lumbrera gótica. Junto á la torre debe haber una escalerilla por donde se sube al pilar q. sostiene la bandera del castillo sobre la baranda Yzq.^{da} de la galería, q. no tiene arcos en aquella parte.

Claraluz, bestida de muger, confía á Baldo su secreto: es hija de Conradino, depuesto rey de Sicilia; ama á D. Pedro, a quien conoció allí, y ha venido para que cumpla su palabra de matrimonio, pero lo encuentra casado con Constanza. Aunque los esposos no se aman, Claraluz pretende unirlos: esta será su ecstraña venganza.

D. Fernan acecha á Claraluz y requiére-la como amante. Recházale ella, sube á la baranda en ademan de precipitarse, y amenaza con lanzarse al vacío. El abandona su presa esperando mejor ocasión.

Claraluz intenta q. D^a Constanza rechace á D. Fernan y acepte al Ynfante. D^a Constanza piensa q. lo dice por celos, ya q. la supone enamorada de D. Fernan, mas ante las lágrimas de Claraluz, que le confiesa su amor por D. Pedro, la cree y le jura que amará á su marido. Claraluz va á contar al Ynfante la nueva.

D. Fernan sigue con la seducción á Constanza, mas ve que ella sabe de sus intenciones. Vase al oír que llega gente al castillo. Es el conde de Anjou. Habla con D. Fernan, y Constanza lo oye desde la lumbrera;

corre á decírselo á D. Pedro quien acude á escuchar á los conjurados, reunidos en la capilla.

D. Pedro, escitado, irrumpe en la reunion, los nobles ponen mano á la espada, mas D. Hugo se pone al lado del Ynfante. Quedan solos D. Pedro y D. Hugo y este asegúrale q. piensa matarle, mas por diferentes razones q. de momento se niega á rebelar.

ACTO TERCERO

Sala gótica del castillo, adornada con tapices y un sillón q. servirá de trono; en una mesa vense útiles de escritura. Abrense unas ventanas al patio de armas.

Desenlace de todas las acciones. Urdieron los conjurados nueva trama, pero nuevamente el Ynfante es salvado por D. Hugo y firma la sentencia de muerte de todos aquéllos. Acusados de felonía, suben al cadalso levantado en el patio de armas, siendo contemplado el ajusticiamiento desde las ventanas por la nobleza leal. Solo el duque de Anjou escapa al castigo por ser rey de Sicilia.

D. Hugo rebela á D. Pedro las causas de su odio: el rey intentó seducir á su muger, y por ello rétale á duelo singular. Luchan, mas Claraluz se interpone entre ambos, resultando herida de muerte. Horrorizados, los contendientes detienen el combate y, á los ruegos de la moribunda, reconcílianse. D. Hugo es nombrado portaestandarte. Los Ynfantes se juran amor eterno. Claraluz escpíra feliz.

He comparado la letra de las hojas con la del segundo acto y, efectivamente, parecen de la misma mano. Pero, como dice Juan, al ser fotocopias, carecen de valor probatorio. En el sobre le incluyo toda la información que mi amigo me hizo llegar. No tengo la menor duda de que usted sabrá encontrar un buen destino para esas páginas; mejor, al menos, que el que podría proporcionarles yo, al ser mi línea de investigación tan diferente.

Esperando tener pronto ocasión de saludarle personalmente y charlar como solíamos hacer tiempo atrás, le saluda cordialmente

Marcial